

“EL RUBIO DE MONTEJAQUE”

No existía en Jimera de Líbar mujer más hermosa ni más esbelta que Trini, la hija del ventero de la «Huerta del Alacrán». Cuando los días de fiesta iba al pueblo no había moza que no la envidiase ni mozuelo que no sintiera ganas de enamorarla. Los solteros la requebraban, los casados la miraban á hurtadillas y los viudos ofrecían reincidir si ella los admitía. Cuantan que más de una vez el sacristán, al verla, atravesó la plaza, repicó las campanas y se paraban las gentes en las aceras como si fuese á pasar la procesión. Eso y más se merecía la Trini.

Era alta, delgada, esbelta, con unos ojos negros como carbones, con una nariz más propia de estatua griega que de una jembra de la Serranía, una cintura que podía abarcarse con una mano, unos cabellos oscuros y rizados y unos andares provocativos capaces de hacer pecar al mismo San Antón, si de nuevo le molestaran los espíritus diabólicos con tentaciones femeninas.

Según me contó una vieja parlanchina de Jimera cierta tarde en que sentados á la sombra de una encina me entretenía en ver á las muchachas que bajaban á llenar sus cántaros en la fuente de la entrada del pueblo, Trini había tenido muchos pretendientes, pero no quería á ninguno.

Demasiado prendada de su belleza, era de aquellas que esperan se les presente el hombre de sus sueños: un conde, un marqués ó poco menos, con una belleza varonil excepcional y con un talento privilegiado. Pero el conde no llegaba, ni por Jimera suelen pasar esos caballeros, á no ser en los trenes que cruzan su término y se detienen en la estación dos minutos.

Entre sus pretendientes figuraba Alonso Pérez, conocido por *el Rubio de Montejaque*, que, como decía la vieja, no era ningún costal de paja. Estaba enamorado locamente de la Trini, no dejándola ni á sol ni á sombra. Los desprecios que la moza le hacía, en vez de apagar

el fuego en que se encendía, aumentaban la hoguera, y sucedió que cierta noche en que, triste y malhumorado, rondaba la «Huerta del Alacrán», dióse de manos á boca con otro pretendiente de Trini, de quien tenía unos celos feroces, por parecerle que los ojos negros de la muchacha se fijaban demasiado en él, como había ocurrido aquella tarde en una fiesta que se improvisó en la puerta del alcalde.

Más eran éstas alucinaciones de enamorado que justas reflexiones; pero *el Rubio de Montejaque*, como todos los que quieren de veras, no se detenía á pensar mucho cuando los pícaros celos oscurecen la vista y la inteligencia.

Halláronse los dos pretendientes, armados de escopetas y con unas ganas atroces de causarse daño.

Hubo palabras, injurias, golpes, y al fin dos escopetazos, quedando *el Niño de la Martina*, que por este apodo se conocía al otro pretendiente, tendido bajo un olivo, herido de tal gravedad,

que cuando llegó el cura sólo pudo darle la «Extremaunción»; pero ni el juez le oyó palabra, ni la Guardia civil consiguió hacerle declarar en el atestado.

*El Rubio de Montejaque* no se prestó á ajustar cuentas con la justicia, sino que volvió á cargar su escopeta y se internó en la Serranía, donde en vano fué perseguido. Sólo conociendo, como yo las conozco, las Sierras de Gaucín, es posible comprender que el criminal que allí se refugio pueda burlar la vigilancia de los guardias civiles, viviendo años enteros entre aquellas escabrosidades sin que se le vea siquiera. Aquellas cuevas asombrosas, aquella vegetación admirable donde la Naturaleza derrochó toda su esplendor; los montes cubiertos de malezas que ocultan los senderos, se combinan para proteger la fuga del criminal. Los campesinos, unos por temor, otros por piedad, ayudan á los fugitivos, y nunca falta á éstos el pedazo de pan, á la vez que los arroyos que por todas partes serpentean les ofrecen agua cristalina que apague su sed. En invierno hallan abrigo en el fondo de las cuevas, y en el verano duermen bajo los árboles.

Durante dos meses *el Rubio de Montejaque* estuvo solo y no concertó fechoría alguna. Luego se asoció con dos fugados de la cárcel de San Roque, y ya se olvidó de sus buenos instintos, asaltando á los caminantes, pero sin que jamás derramara una gota de sangre.

Pasó un año. Una tarde del mes de Abril, la Trini, acompañada de su madre y de un hermanillo suyo, atravesaba la «Dehesa de Don Bartolo» para ir desde la huerta al pueblo. Iba cantando, riendo y pensando en que aquella noche asistiría á una fiesta, en la que tomaría parte Manolita Sánchez, la mejor cantante de la Serranía, y á la cual ofreció asistir un diputado provincial, soltero, joven y alegre de ojos, que estaba





pasando dos ó tres días en Jimera, en casa del alcalde, antiguo amigo suyo.

Cuál no sería la sorpresa de Trini al ver que detrás del tronco de un árbol apareció la figura de *El Rubio de Montejaque*. No le cabía duda: era el mismo. Lo reconoció, á pesar de aquella larga barba rubia que se había dejado crecer y de aquel traje más de señorito que de hombre de campo. Enfrente, con escopetas en las manos, divisó otros dos hombres.

—No temas, Trini—dijo *el Rubio*—; no pienses que voy á hacerte daño, y te juro que si algo siento es el sobresalto que te jago pasar. Vengo por ti, porque sin ti no pueo vivir. En vano quiero orviarte y en vano pienso que esto es una locura.

—¿Qué intentas?—exclamó la Trini.

—No seas tonta—replicó el bandido—. Por buenas ó por malas te has de venir conmigo. En lo arto de la Sierra hay una casita donde te recibirán, sin que nadie sospeche que estás allí. Yo iré á verte cuando puea, que será toos los días.

Trini se arrodilló llorando. Todo fué en vano, y minutos después *el Rubio de Montejaque*, montado sobre un caballo negro, llevando á la grupa á la Trini, atravesaba la espesura en dirección á la cumbre de la Sierra del Duque.

En tanto que los vecinos de Jimera, acompañados de la Guardia civil, daban una batida por los alrededores, se alborotaban con la noticia del secuestro los pueblos colindantes y no dejaba de funcionar el telégrafo, Trini se encontraba llorando en una modesta habitación de la casa más alta de la Sierra. A los pies de un cuadro de la Virgen de la Paz, á la que tanta devoción profesaban los serranos, pedía á la Reina de los Cielos su protección contra el bandido. De pronto abrióse la puerta y apareció *el Rubio*. Alzóse la Trini, y fijando sus ojos negros en los del bandido, con tanta insistencia que aquél bajó los suyos, exclamó:

—¿Qué piensas hacer de mí?

—Ten calma y óyeme. Ya eres mía. Mando aquí como Rey absoluto, y, sin embargo, te juro por esa Virgen que no hé de acudir á la fuerza. Deseo tu cariño... Eso es todo.

—No te canses. Puedes matarme, pero en el corazón no se manda. Ni te he querido, ni te querré. Si otra cosa esperas, te engañas. ¡Bien sabes que no es cobarde una serrana! ¡No te temo!

—Por ti maté á aquel hombre; por ti he tenido que seguir esta vía condenada...; por ti no me he entregao ya á los ceviles pa que me fusilen ó tenga que arrastrar una caena por esos presiyos... Y á pesar de estas pruebas de querer, ¿me odias, me desprecias?

La Trini, acercándose, respondió:

—Si cuando por vez primera te ije que no te quería hubieses sido razonable..., na de esto hubiera pasao. Culpa es tuya y no mía. Te has hecho desgraciao y quies jacerme á mí. Eso no es justo.

—Piensa que estoy loco, que los locos no piensan. ¡No me quites la esperanza!



—Te lo repito: mátame..., pues de otro modo no lograrás nada de mí. Si quiere ejarme golver á mi huerta, hazlo. Si no..., ¡Dios te perdone!

Y en aquel momento Trini, abalanzándose á *el Rubio*, cogió la pistola que aquél llevaba en la faja. Un movimiento rápido del bandido le salvó la vida. Cogió con fuerza aquel brazo de mujer fuerte, y con un nuevo esfuerzo recuperó el arma. Trini dió dos pasos atrás y cayó sobre una silla.

*El Rubio de Montejaque* la miró con los ojos inyectados en sangre, y con voz que más parecía salir de una caverna que de garganta humana, exclamó:

—¡Maldita seas!... ¡Has sido mi ruina! Siento ganas de matarte, de hacerte mía por la violencia...; pero, sábelo de una vez: no he sido, ni soy ni seré un cobarde, y si matase á una mujer, lo sería... ¡He respetao tu vía, he respetao tu honra! ¡Dios tenga en cuenta lo que jago!

Y arrastrando tras sí la silla en que se apoya-

ba, salió del cuarto, mientras Trini volvió á arrodillarse ante la Virgen.

Minutos después sonó un pistoletazo. *El Rubio de Montejaque* caía en la puerta de la casa con el cráneo atravesado por una bala, que su propia mano disparó.

En el cementerio de Jimera, en el pequeño lugar destinado á los que mueren fuera del seno de la religión católica, existe la tumba del bandido, á la sombra de un sauce que allí plantó una madre cariñosa.

Sobre la losa, blanca como la nieve, suelen verse flores frescas diseminadas, triste recuerdo á la memoria de aquel hombre. Esas flores las derrama allí, regándolas con lágrimas, la hermosa Trini, la hija del colono de la «Huerta del Alacrán».

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

DIBUJOS DE BARTOLOZZI